

Acompañando a los jóvenes en el discernimiento vocacional. Las indicaciones que provienen del camino sinodal

Rossano Sala, SDB

SECRETARIO ESPECIAL DEL SÍNODO SOBRE LOS JÓVENES

UNIVERSIDAD PONTIFICIA SALESIANA

ROMA

RESUMEN Partiendo del camino sinodal de la Iglesia universal sobre el tema “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, el artículo ofrece una mirada sistémica sobre el tema del acompañamiento espiritual de los jóvenes con vistas al discernimiento vocacional desde seis puntos de vista distintos e integrados (contextual, eclesiológico, comunitario, pedagógico, pastoral y vocacional). Todo esto concluye con la invitación a trabajar de manera más convencida y profunda en la formación de los acompañantes.

PALABRAS CLAVE Sínodo, jóvenes, acompañamiento, discernimiento.

SUMMARY *Starting from the synodical path of the universal Church on the theme “Young people, faith and vocational discernment”, the article offers a systemic view on the subject of the spiritual accompaniment of young people with a view to vocational discernment from six different and integrated points of view (contextual, ecclesiological, community, pedagogical, pastoral and vocational). All this concludes with the invitation to work in a more convinced and profound way in the formation of the companions.*

KEYWORDS *Synod, young people, accompaniment, discernment.*

I. INTRODUCCIÓN. LA NECESIDAD DE UNA VISIÓN SISTÉMICA DEL ACOMPAÑAMIENTO

Hace pocos meses concluyó la “XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos” sobre el tema *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. He podido participar desde el principio en el camino de prepa-

ración y he tenido el don, como Secretario Especial, de tomar parte activa en la *Asamblea sinodal* que ha tenido lugar del 3 al 28 de octubre de 2018. He vivido tanto “dentro” como “detrás” de la *Asamblea*, ofreciendo mi pequeña contribución. Todavía tengo en el corazón el calor y la frescura de una experiencia inolvidable del Espíritu que ha dejado en mi alma un signo imborrable. La Iglesia ha intentado verdaderamente “situarse en el futuro”, como nos había invitado a hacer el papa Francisco durante la primera Congregación general del 3 de octubre:

Comprometámonos a procurar “frecuentar el futuro”, y a que salga de este Sínodo no sólo un documento –que generalmente es leído por pocos y criticado por muchos–, sino sobre todo propuestas pastorales concretas, capaces de llevar a cabo la tarea del propio Sínodo, que es la de *hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretejer relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo* que ilumine las mentes, enardecza los corazones, dé fuerza a las manos, e inspire a los jóvenes –a todos los jóvenes, sin excepción– la visión de un futuro lleno de la alegría del evangelio¹.

Para profundizar en el tema del acompañamiento de los jóvenes en el discernimiento vocacional, es oportuno ofrecer una reflexión articulada que parte de diferentes puntos de vista en el que se desarrolla este acto eclesial. Por esta razón, mi artículo tendrá seis miradas específicas.

En primer lugar, me gustaría hablar del *contexto* actual, con especial atención a la situación de los jóvenes. En la situación histórica concreta se encuentran las llamadas de Dios a la Iglesia. En segundo lugar, ofreceré una mirada *eclesiológica*: se ha hecho evidente la necesidad de escuchar y asumir la “sinodalidad misionera” como una dinámica que implica a todos los miembros de la Iglesia. Luego se prestará atención al contexto *comunitario* de acompañamiento y discernimiento. Por otra parte, desde el punto de vista *pedagógico*, centrándose en el tema de la misión y la libertad, aparecen los fundamentos pedagógicos de una posible renovación. En quinto lugar, desde

1 FRANCISCO, *Discurso en la apertura de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (3-X-2018).

el punto de vista *pastoral*, haré una invitación a tomar el discernimiento como un estilo de vida ordinario para la Iglesia en su conjunto. Finalmente, a través de una mirada *vocacional*, hablaré de la necesidad de renovar la idea y la práctica de la pastoral juvenil en clave vocacional.

Concluiré con una invitación final que se centra en la necesidad de preparación de los que están llamados a acompañar a los jóvenes.

II. PRIMERA MIRADA. *CONTEXTUAL*:

LAS CONDICIONES DE EJERCICIO DE LA MISIÓN ECLESIAL HOY

Me parece importante, ante todo, hablar de las “condiciones de ejercicio” de la misión eclesial hoy. La acción pastoral es siempre contextual y está connotada históricamente, es decir, se desarrolla dentro de un ambiente cultural, social, económico y religioso que ofrece el propio contexto.

En este sentido, el cuarto capítulo de la primera parte del *Instrumentum laboris*² –“Desafíos antropológicos y culturales”, números 51-63– parece estratégico y decisivo porque nos llama la atención sobre seis desafíos que, en un cierto sentido, son el contexto propio de nuestro existir y actuar en el mundo de hoy, tanto que “su continuo representarse nos hace reconocerlos como señales del cambio de época que estamos viviendo a nivel antropológico y cultural” (n. 51). El capítulo propone identificar seis “desafíos antropológicos y culturales” que la Iglesia no puede eximirse de reconocer con inteligencia y de afrontar con coraje apostólico y creatividad pastoral. En el *Documento final* todos estos desafíos son filmados y abordados en diferentes momentos de una manera no sistemática, y bastante dispersa.

El primer desafío se refiere al *cuerpo, la afectividad y la sexualidad*. Frontera e intersección entre naturaleza y cultura, el cuerpo es desde siempre don, bendición, posibilidad y límite. Sabemos cómo las nuevas tecnologías empujan hacia un enfoque tecnocrático a la corporeidad, que de modo imperceptible lleva a los jóvenes hacia un paradigma de consumo, donde las mismas relaciones humanas, desde siempre dotadas de connotaciones afectivas,

2 XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. *Instrumentum laboris* (8-V-2018).

tienen el riesgo de homologarse a las leyes del mercado global. Por desgracia, el paradigma “compra, usa y tira” está conquistando espacios significativos en las relaciones entre los jóvenes, sus cuerpos y los afectos, que encuentran en la sexualidad un campo que es además expresión tanto de privilegio como de problema: “La sexualidad precoz, la promiscuidad sexual, la pornografía digital, la exhibición del propio cuerpo *online* y el turismo sexual, corren el riesgo de desfigurar la belleza y la profundidad de la vida afectiva y sexual” (n. 52).

Un segundo desafío tiene que ver con los nuevos paradigmas cognitivos y la búsqueda de la verdad. Los jóvenes están particularmente expuestos al fenómeno de las *fake news* y a las dinámicas de la *post-verdad* y por eso “tienen necesidad de ser acompañados para no permanecer desorientados” (n. 55). Existe el hecho de que el bombardeo mediático y la manipulación política están cada vez más a la orden del día en nuestro mundo hiperconectado y poco reflexivo.

Un tercer desafío surge de la exploración sinodal respecto a *los efectos antropológicos del mundo digital*. En general, las Conferencias Episcopales, frente a la irrupción del mundo digital, han mostrado una actitud ambivalente: algunos viven en la euforia de la canonización de las nuevas posibilidades que ofrece la red; otros, sin embargo, demonizan estos instrumentos, que son percibidos como espacios negativos y perversos. En realidad, pocos parecen ser de verdad conscientes de que “desde un punto de vista antropológico, la irrupción de las tecnologías digitales está comenzando a tener impactos profundísimos sobre la noción del tiempo y del espacio, sobre la percepción de sí, de los otros y del mundo, sobre el modo de comunicar, de aprender, de informarse. [...] De las respuestas de las Conferencias Episcopales se evidencia que no muchos parecen plenamente conscientes de la metamorfosis que se está produciendo”.

Un cuarto desafío está representado por la *desilusión institucional* y las nuevas formas de participación juveniles. En el Cuestionario *online* emerge que solo el 16,7% de los jóvenes tiene la posibilidad de incidir en la vida pública del propio país. Desde el punto de vista de las relaciones intergeneracionales, los jóvenes se encuentran mejor con los ancianos que con los adultos, a los que ven mucho más como competencia que como aliados. Sobre todo, “la falta de un líder en el que confiar, a diferentes niveles y en el ámbito tanto civil como eclesial, es algo que los jóvenes denuncian mucho. Una fragilidad particularmente evidente y generada por el difundirse de la corrupción” (n. 59).

El desencanto hacia las instituciones puede, sin embargo, resultar saludable si se abre a caminos de participación y a la asunción de responsabilidad sin permanecer prisioneros del escepticismo.

Un quinto elemento desafiante, desde el punto de vista antropológico y cultural, es la parálisis a la hora de tomar decisiones en un contexto de sobreabundancia de propuestas que desorienta:

En un mundo donde la oportunidad y las propuestas aumentan de forma exponencial, brota reaccionar de modo espontáneo con elecciones que sean siempre reversibles, aunque esto conlleve una continua mortificación del deseo. El proceso del discernimiento vocacional, a lo largo del eje marcado por las etapas “reconocer, interpretar, elegir”, a menudo surge en el momento de la elección y de su puesta en marcha” (*Instrumentum laboris*, n. 61).

La libertad que no reconoce y no elige el bien, lo sabemos, se transforma poco a poco en esclavitud degradante, porque la llamada fundamental a la alegría del amor implica para cada hombre la dedicación hasta el final de toda su vida. Desde el punto de vista del discernimiento vocacional, esta cuestión de la parálisis decisional debe tomarse muy en serio. No se trata simplemente de un problema para los jóvenes que no pueden tomar decisiones, sino de un problema que marca una época a todos los niveles, en el que, después de todo, los jóvenes son más víctimas de un proceso social que responsables de todo esto.

Un último desafío decisivo representado por la *nostalgia espiritual* de las jóvenes generaciones. Es evidente que un “humanismo exclusivo” no puede ser el destino de la humanidad, creada en Cristo Jesús para la comunión con Él. La secularización no es el punto de llegada del recorrido, tanto es así que muchos analistas describen nuestro tiempo como “post-secular”, en cuanto a que la búsqueda espiritual está todavía viva y es vivaz: “La insatisfacción por una visión del mundo puramente inmanente, por medio del consumismo y del reduccionismo científico, abre el campo a la búsqueda del sentido de la propia existencia a través de itinerarios espirituales de variada naturaleza” (n. 63). Esto no significará una vuelta en masa de los jóvenes a nuestras iglesias, sino que ciertamente representa para nosotros una oportunidad de interpelar con una “oferta” espiritual de calidad: los jóvenes han demostrado sensibilidad hacia

lo sagrado y la liturgia, hacia las experiencias espirituales auténticas y han dado signos importantes de apreciar la vida contemplativa. Todo eso implica un desarrollo cualitativo en nuestras propuestas de fe.

En Europa vivimos, desde el punto de vista de la religiosidad, en un clima de “nueva secularización” que no sólo es negativo, sino que puede ser una oportunidad para redescubrir el dinamismo de la fe. Efectivamente

Las interpretaciones que se dan al proceso de secularización son diversas. Mientras que algunos lo viven como una preciosa oportunidad para purificarse de una religiosidad de costumbre o fundada en identidades étnicas y nacionales, para otros representa un obstáculo para la transmisión de la fe. En las sociedades seculares asistimos también a un redescubrimiento de Dios y de la espiritualidad. Para la Iglesia esto constituye un estímulo a recuperar la importancia de los dinamismos propios de la fe, del anuncio y del acompañamiento pastoral³.

Estos seis aspectos son las verdaderas y propias *condiciones epocales de ejercicio de nuestra misión eclesial*. Son el contexto común y compartido en el que estamos inmersos, son, un poco, como el aire que respiramos. No reconocer todo esto significa pensar fuera de lo concreto de la vida y de la historia. Y desgraciadamente, a veces, nuestro trabajo pastoral se piensa y se realiza fuera del contexto socio-histórico de nuestro tiempo. No podemos pensar en acompañar a los jóvenes sin tener en cuenta que todos estamos inmersos en este contexto. Y que este contexto nos ofrece las condiciones para el ejercicio del discernimiento comunitario y personal.

III. SEGUNDA MIRADA. ECLESIOLÓGICA:

LA CUESTIÓN DE LA ESCUCHA Y DE LA SINODALIDAD MISIONERA

Me detengo sobre algunos rasgos del debate sinodal y del *Documento final* que ponen en el centro la elección, por parte de la *Asamblea Sinodal*, de la “sinodalidad misionera” como centro de perspectiva para el camino. El

3 XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento final* (27-X-2018) 14.

debate sinodal, desde el principio, tomó conciencia de que el itinerario de preparación había puesto de manifiesto una Iglesia “con una deuda de escucha”. Lo afirmaba el papa Francisco en el discurso inicial:

El camino de preparación para este momento ha evidenciado una Iglesia “con una deuda de escucha”, también en relación a los jóvenes, que muchas veces no se sienten comprendidos en su originalidad por parte de la Iglesia y, por tanto, no suficientemente aceptados por lo que son realmente, y, alguna vez incluso, hasta rechazados.

El tema de la escucha es más radical de lo que se pudiera pensar: viene de lejos, de una incapacidad de escuchar a Dios y a su Espíritu que continuamente hablan y actúan en la historia. Así pues la escucha tiene un valor teológico antes incluso que pedagógico y pastoral. Muchas de las intervenciones repitieron que estamos llamados a recuperar, a través de la escucha, la capacidad empática para abandonar el propio punto de vista y entrar, literalmente, en el punto de vista del otro, viendo y sintiendo las cosas a partir del corazón del otro:

La escucha es un encuentro de libertad, que requiere humildad, paciencia, disponibilidad para comprender, empeño para elaborar las respuestas de un modo nuevo. La escucha transforma el corazón de quienes la viven, sobre todo cuando nos ponemos en una actitud interior de sintonía y mansedumbre con el Espíritu. No es pues solo una recopilación de informaciones, ni una estrategia para alcanzar un objetivo, sino la forma con la que Dios se relaciona con su pueblo. En efecto, Dios ve la miseria de su pueblo y escucha su lamento, se deja conmover en lo más íntimo y baja a liberarlo (cf. Ex 3,7-8). La Iglesia, pues, mediante la escucha, entra en el movimiento de Dios que, en el Hijo, sale al encuentro de cada uno de los hombres (*Documento final*, n. 6).

La escucha ha dado frutos. Escuchando a los jóvenes, prestando atención a nuestro tiempo, pidiendo a Dios que hable a nuestro corazón, los Padres sinodales maduraron algunas convicciones.

Ciertamente el punto central, la verdadera novedad, la dinámica inesperada y el acicate de las provocaciones en el Sínodo fue la “sinodalidad misionera”. El Sínodo sobre los jóvenes ha abierto las puertas a este modo de ser Iglesia. En esta dirección el n. 118 del *Documento final* –junto a los otros números de la introducción a la tercera parte (nn. 115-117)– es la piedra angular de todo el texto:

Somos conscientes de que no se trata solamente de dar origen a nuevas actividades y no queremos escribir “planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados” (EG 96). Sabemos que para ser creíbles debemos vivir una reforma de la Iglesia, que implica la purificación del corazón y cambios de estilo. La Iglesia debe dejarse realmente modelar por la Eucaristía que celebra, como culmen y fuente de su vida: la forma de un pan hecho de muchas espigas que partimos para la vida del mundo. El fruto de este Sínodo, la decisión que el Espíritu nos ha inspirado a través de la escucha y el discernimiento, es el de caminar con los jóvenes, yendo hacia todos para testimoniar el amor de Dios. Podemos describir este proceso hablando de sinodalidad para la misión, es decir, sinodalidad misionera: “La puesta en acción de una Iglesia sinodal es el presupuesto indispensable para un nuevo impulso misionero que involucre a todo el Pueblo de Dios”. Estamos hablando de la profecía del Concilio Vaticano II, que aún no hemos asumido en profundidad, ni desarrollado en sus implicaciones cotidianas, a lo que el papa Francisco nos ha llamado afirmando: “El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio” (FRANCISCO, *Discurso con ocasión de la Conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17-X-2015). Estamos convencidos de tal elección, fruto de la oración y de la confrontación, que permitirá a la Iglesia, por la gracia de Dios, ser y aparecer más claramente como la “juventud del mundo”.

Efectivamente –tanto desde el punto de vista eclesiológico como pastoral– la correcta y justa articulación entre primado petrino, colegialidad episcopal y sinodalidad inclusiva de todo el pueblo de Dios es el objetivo de la Iglesia del Tercer milenio. Se trata, después de todo, de una recepción correcta y completa de las indicaciones del Concilio Vaticano II.

La todavía no convencida adhesión a la sinodalidad por parte de todos los Padres sinodales, puesta de manifiesto en las votaciones finales, indica que existen resistencias que hay que superar. Las primeras, entre el “clericalismo” y el “centralismo”, que interpretan la sinodalidad como una “pérdida de poder” y una “pérdida de autoridad”. De lo que he podido percibir, me parece que en algunos ambientes faltan todavía las condiciones de base para un cambio auténtico.

Para permanecer más en el ámbito del acompañamiento, es oportuno afirmar que precisamente la “sinodalidad misionera” hace cada vez más relacional el rostro de la Iglesia. El número 122 del *Documento Final* es muy claro en este punto:

En las relaciones –con Cristo, con los demás, en la comunidad– es donde se transmite la fe. También con vistas a la misión, la Iglesia está llamada a asumir un rostro relacional que ponga en el centro la escucha, la acogida, el diálogo, el discernimiento común, en un camino que transforme la vida de quien forma parte de ella. “Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar ‘es más que oír’. Es una escucha recíproca en la que cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, Colegio episcopal, Obispo de Roma: cada uno en escucha de los demás; y todos en escucha del Espíritu Santo, el ‘Espíritu de la verdad’ (Jn 14,17), para conocer lo que él ‘dice a las Iglesias’ (Ap 2,7)” (Francisco, *Discurso con ocasión de la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 octubre 2015). Así, la Iglesia se presenta como “tienda santa” en la que se conserva el arca de la alianza (cf. Ex 25): una Iglesia dinámica y en movimiento, que acompaña caminando, fortalecida por tantos carismas y ministerios. Así es como Dios se hace presente en este mundo.

IV. TERCERA MIRADA. COMUNITARIA: LA DOBLE CONVERSIÓN DURANTE EL DESARROLLO SINODAL

Acompañamiento y discernimiento es, en cambio, sobre lo que se profundiza en el tercer y cuarto capítulo de la segunda parte del *Documento final*.

Es interesante hacer notar el “doble desplazamiento” en el orden externo e interno de estos dos capítulos en relación al *Instrumentum laboris*: en este último se hablaba primero de discernimiento y luego de acompañamiento, mientras que en el *Documento final* aparece claro que se acompaña para discernir y, por tanto, el objetivo del acompañamiento es el discernimiento. Más aún, en el *Instrumentum laboris* se proponía una lectura primero personal y después comunitaria tanto del acompañamiento como del discernimiento, mientras que la *Asamblea sinodal* ha invertido la perspectiva, insertando lo personal en el ámbito comunitario. Emergió la convicción de que

todo discernimiento implica siempre el horizonte comunitario, no se puede limitar únicamente a la dimensión individual. Al mismo tiempo, cada discernimiento personal interpela a la comunidad, instándola a ponerse a la escucha de aquello que el Espíritu le sugiere a través de la experiencia espiritual de sus miembros: como cada creyente, también la Iglesia está en continuo proceso de discernimiento (*Documento final*, n. 105).

Para nosotros fue muy significativa esta “doble conversión”: en el centro está la Iglesia como casa y escuela de acompañamiento y como ambiente adecuado para el discernimiento. Sobre todo es destacable la toma de conciencia del valor supremo de la comunidad para la vida del creyente individual. La Iglesia está llamada a resplandecer primero y ante todo como espacio y lugar de comunión y solo así puede ser significativa para los jóvenes que le pertenecen. También aquí todo está motivado teológicamente, porque “este servicio no es otro que la continuación del actuar del Dios de Jesucristo con su pueblo: mediante una presencia constante y cordial, una proximidad entregada y amorosa, y una ternura sin límites” (*Documento final*, n. 91). Y resulta evidente también el aspecto pedagógico del tema, porque

el contexto de la comunidad eclesial favorece un clima de confianza y de libertad en la búsqueda de la propia vocación, en un ambiente de recogimiento y de oración; ofrece una oportunidad concreta para una nueva lectura de la propia historia y para descubrir los propios dones y vulnerabilidades a la luz de la Palabra de Dios; permite confrontarse con testigos que encarnan las diferentes opciones de vida. También el

encuentro con los pobres exige profundizar en lo que es esencial en la existencia, mientras que los sacramentos —en particular la Eucaristía y la Reconciliación— alimentan y sostienen a quien se encamina hacia el descubrimiento de la voluntad de Dios (*Documento final*, n. 105).

La Iglesia, pues, es “madre y maestra”; no puede ser maestra si antes no es madre, y si verdaderamente es madre será una buena maestra. Los jóvenes piden a la Iglesia que sea madre cariñosa y padre exigente porque el punto de apoyo de la práctica educativa está en una relación de cualidad entre aquél que está creciendo y aquél que lo está sosteniendo en su camino; dentro del cauce de una comunidad de buenas prácticas compartidas: allí, en la comunidad, se da la posibilidad de instaurar una correcta y fecunda relación educativa, que está hecha conjuntamente de “acompañamiento” y de “transmisión”.

El primer término —acompañamiento— apela a la feminidad de la gestación y la alimentación, al deseo de caminar y crecer juntos, a la alegría de la cercanía que guarda siempre y no abandona nunca, signo de la alianza “unilateral” e irrevocable de Dios con sus criaturas: “¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. Mira, te llevo tatuado en mis palmas, tus muros están siempre ante mí” (Is 49,15-16). Dinámica, pues, del don gratuito, alegre y siempre generoso.

El segundo término —transmisión— subraya, en cambio, la dinámica educativa en la forma masculina de la entrega, la autoridad, la tradición, la palabra clara que hace la diferencia, de esa mirada severa que pide compromiso, responsabilidad y sacrificio. Capaz de decir, cuando es necesario, un “no” que ayuda a crecer. Signo de la alianza “bilateral” y fecunda entre Dios y su creatura, que entrega talentos y que pide cuentas de la laboriosidad con rigor inesperado: “Él le dijo: Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado?” (Lc 19,22). Dinámica, pues, del trabajo necesario, laborioso y exigente.

Ambos términos están unidos, y viven en forma de una comunión enriquecedora. Sabemos que de autoritarismo paterno se puede morir, igual que de asfixia materna: en ambos casos no se crece, no se madura, no se llega a ser adultos.

Para nosotros sigue siendo muy importante valorar esta doble adquisición que surgió durante el Sínodo: la primera afirma que la dimensión comu-

nitaria genera, abraza y sostiene la dimensión personal; la segunda afirma que la transmisión de la fe sólo puede tener lugar dentro de un acompañamiento educativo.

**V. CUARTA MIRADA. PEDAGÓGICA:
LA VIDA COMO MISIÓN QUE DESAFÍA LA LIBERTAD**

La *Asamblea sinodal* no ha hablado de los jóvenes de manera condescendiente. En cambio, pidió a todos los jóvenes dinamismo de perspectivas y movimiento en salida. Desde el punto de vista pedagógico, me parece interesante destacar algunos párrafos del primer capítulo de la segunda parte (*El don de la juventud*, nn. 63-76), porque allí encontramos palabras de gran importancia.

Si el punto de partida de este capítulo es cristológico (“Jesús joven entre los jóvenes”, nn. 63-67), potente es la provocación de los párrafos que desarrollan la convicción –introducida por las intervenciones magistrales de algunos Padres sinodales– de que la juventud no es ni debe ser interminable. Y ni siquiera debe ser entendida como la condición ideal del hombre, el cual, por el contrario, debe tender a la madurez de la vida adulta. No es suficiente la búsqueda infinita, hace falta llegar a un puerto seguro; no es suficiente un coleccionismo de experiencias, hace falta llegar a elegir y perseverar en el bien; no se puede permanecer en suspenso eternamente, es necesario no dejar huir el poco tiempo del que disponemos en este mundo; no se puede pensar que cada cosa es reversible, porque es dada una vez para siempre y no se puede duplicar; no es posible fijarse de manera narcisista sobre el cuidado de uno, sino que es necesario abrirse con generosidad a los otros. En esta dirección se expresa uno de los párrafos fundamentales desde el punto de vista antropológico de todo el *Documento final*:

El papa Francisco invita a los jóvenes a pensar la propia vida en el horizonte de la misión: “Muchas veces, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: ‘Pero ¿quién soy yo?’. Y tú puedes preguntarte quién eres y pasar toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: ‘¿Para quién soy yo?’” (*Discurso en la Vigilia de oración en preparación para*

la Jornada Mundial de la Juventud, Basílica de Santa María la Mayor, 8-IV-2017). Esta afirmación ilumina de modo profundo las decisiones sobre la vida, porque recuerda que hay que asumirlas en el horizonte liberador de la entrega de uno mismo. ¡Este es el único camino para alcanzar una felicidad auténtica y duradera! Efectivamente, “la misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo” (EG 273) (Documento final, n. 69).

Esta provocación viene completada en el número siguiente, donde la fe se convierte en llamada para una pedagogía que interpele, que pide entrar en la lógica del riesgo, donde es mejor ponerse en movimiento y caer, que permanecer en pie pero inmóviles y bloqueados:

La misión es una brújula segura para el camino de la vida, pero no es un “GPS”, que muestra por adelantado todo el recorrido. La libertad siempre conlleva una dimensión de riesgo que hay que valorar con decisión y acompañar con gradualidad y sabiduría. Muchas páginas del Evangelio nos muestran a Jesús que invita a atreverse, a ir mar adentro, a pasar de la lógica de la observancia de los preceptos a la lógica del don generoso e incondicional, sin esconder la exigencia de cargar consigo la propia cruz (cf. Mt 16,24). Es radical: “*Él lo da todo y pide todo*: da un amor total y pide un corazón indiviso” (Francisco, *Homilía*, 14-X-2018). Evitando despertar falsas ilusiones en los jóvenes con propuestas reducidas al mínimo o sofocarlos con un conjunto de reglas que dan una imagen estrecha y moralista del cristianismo, estamos llamados a invertir en su audacia y a educarlos para que asuman sus responsabilidades, seguros de que incluso el error, el fracaso y las crisis son experiencias que pueden fortalecer su humanidad (*Documento final*, n. 70).

Todo esto, además de poner en juego el sentido y el ejercicio de la autoridad (n. 71), pone en juego la libertad. Personalmente considero que los números dedicados a la libertad son uno de los frutos maduros de la *Asamblea*

sinodal, en la que se expusieron algunas intervenciones de gran profundidad y realmente inspiradas sobre este tema. Todos hemos sido provocados para verificar con honestidad si la concepción y el ideal evangélico de libertad coinciden con nuestro modo de pensar al respecto:

a la luz del Evangelio, hoy es oportuno reconocer más claramente que la libertad es constitutivamente relacional y mostrar que las pasiones y las emociones son relevantes en la medida en que orientan hacia el auténtico encuentro con el otro. Esta perspectiva demuestra con claridad que la verdadera libertad es comprensible y posible solamente en relación a la verdad (cf. Jn 8,31-32) y sobre todo a la caridad (cf. 1 Co 13,1-13; Ga 5,13): la libertad es ser uno mismo en el corazón de otro (*Documento final*, n. 73).

Unir libertad, verdad y caridad, haciendo brillar el núcleo evangélico de la libertad que viene redefinida de manera original, ha sido uno de los resultados más fructíferos del camino sinodal.

Redescubrir que la libertad es “responsorial”, es decir, es primero de todo la respuesta a un don recibido que se despierta a través de la fraternidad y el servicio, fue muy importante. La libertad es ella misma cuando responde a la llamada del rostro del otro y descubre que ella misma ha sido originada de esa manera, porque “son precisamente estas experiencias las que ayudan a reconocer que la naturaleza de la libertad es radicalmente una respuesta” (*Documento final*, n. 74).

En cuanto “responsorial”, la libertad se convierte claramente en “responsable”, en el sentido en que es llamada a responder respecto a las propias elecciones; convocada a dar cuenta de las propias acciones; solicitada a sentirse solidaria con el destino de los otros; invitada a cuidarse de los que son más pobres y necesitados.

La misma vida de fe no se puede imaginar fuera de una relación de amor, que lleva la libertad a su plenitud en la fe: “La fe pues no constituye un elemento que se añade externamente a la libertad, sino que es cumplimiento del anhelo de la conciencia de verdad, de bien y de belleza, que se encuentran plenamente en Jesús” (*Documento final*, n. 75). Una libertad que, a través de las heridas del pecado del hombre y la fuerza del amor de Dios,

se hace nueva a través de la Pascua y “se cumple en la entrega cotidiana de sí” (*Documento final*, n. 76).

VI: QUINTA MIRADA. PASTORAL: ASUMIR EL HÁBITO DEL DISCERNIMIENTO

La “pastoralidad” del camino sinodal es indiscutible: no se hace un Sínodo para la autocomplacencia de la Iglesia, sino para tener una Iglesia cada vez más sinodal y misionera. El ideal de una “Iglesia en salida” –sustancialmente confirmada en el Sínodo– es una clara opción pastoral que pone a la Iglesia en una posición de riesgo. De ahí que resulte importante, desde un punto de vista exquisitamente pastoral, no ser ingenuos y superficiales, evitando todo tipo de improvisaciones y desorganización. Por esto, la renovación deseada tiene que ser fruto de un discernimiento adecuado.

En el proceso sinodal se partió de la necesidad de ayudar a los jóvenes en su discernimiento vocacional y poco a poco nos dimos cuenta de que era la misma Iglesia la que tenía una cierta “deuda de discernimiento”: si no es capaz de discernir, la Iglesia no podrá ayudar a los jóvenes a hacerlo. Entrar en las dinámicas y en el proceso de discernimiento se convirtió, paso a paso, en una exigencia del camino sinodal. Hubo una exigencia de comprender, profundizar, clarificar y practicar el discernimiento en la forma de un camino compartido, que se convirtió después en el estilo sinodal. Como nos dijo el Santo Padre el 3 de octubre de 2018,

el Sínodo es un ejercicio eclesial de discernimiento. La franqueza en el hablar y la apertura en el escuchar son fundamentales para que el Sínodo sea un proceso de discernimiento. El discernimiento no es un slogan publicitario, no es una técnica organizativa, y ni siquiera una moda de este pontificado, sino una actitud interior que tiene su raíz en un acto de fe. El discernimiento es el método y a la vez el objetivo que nos proponemos: se funda en la convicción de que Dios está actuando en la historia del mundo, en los acontecimientos de la vida, en las personas que encuentro y que me hablan. Por eso estamos llamados

a ponernos en actitud de escuchar lo que el Espíritu nos sugiere, de maneras y en direcciones muchas veces imprevisibles.

El “método del discernimiento” ha orientado, desde dentro, el proceso sinodal. Fue importante reconocer que “el sujeto jóvenes” y el “sujeto Iglesia” se encontraban en la misma situación: no solo los jóvenes tienen que discernir para alcanzar su vocación, sino que la Iglesia tiene que hacer lo mismo para vivir con sabiduría y prudencia en nuestro tiempo. Así las indicaciones sobre el discernimiento surgidas durante el camino sinodal (cf. *Documento preparatorio* II, 2⁴; *Instrumentum laboris* 1, 2, 4, 73, 137-139; *Documento final* 62, 104-105, 110-113, 124) son, en cierto sentido, “intercambiables”; lo que se dice para los jóvenes sirve para la Iglesia, y viceversa.

El discernimiento nos impulsa a *reactivar el pensamiento*. Nos hemos dado cuenta de que muchos jóvenes se han alejado de la Iglesia porque no se ve capaz de dar razones a su esperanza, en un cambiante contexto cultural y social. Los grandes cambios en curso son una acuciante demanda para reelaborar la propuesta cristiana de manera adecuada y vivir una renovada inculcación de la fe en nuestro tiempo. Para hacer esto no bastan buenas intenciones o una animación genérica, sino que es necesaria una profunda reflexión a partir de la verdad del Evangelio, que siempre está al servicio de la vida plena y abundante de los hombres concretos existentes en un determinado tiempo y espacio.

El recorrido sinodal en su conjunto ha sido una llamada a *examinarnos con humildad*. Una de las cosas que me impresionó positivamente de los trabajos sinodales fue el ambiente general de humildad que se creó. Generalmente, ninguno de los Padres sinodales llegaba con la “receta lista” o con la “solución preconcebida” a las preguntas planteadas por el *Instrumentum laboris*. Ninguno buscó imponer con arrogancia el propio punto de vista, sino que todos han hecho un trabajo de discernimiento. Varios Padres sinodales pidieron un examen eclesial, seguros de que el problema no son los jóvenes, sino la incapacidad de la Iglesia en su conjunto de ser una presencia profética en el mundo contemporáneo.

Finalmente, el Sínodo nos ha pedido un *audaz relanzamiento de la pastoral* con y para los jóvenes. Ha señalado caminos, ante todo el de asumir

4 XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento preparatorio* (13-I-2017).

cualquier acción pastoral, particularmente la juvenil, en clave vocacional. Ha pedido no tener miedo a arriesgar caminos nuevos, pues en un tiempo de “cambio de época”, hacer pastoral según el “siempre se ha hecho así” es algo irreal, ineficaz, e incluso ridículo. Ha alentado hacia una renovada confianza en las nuevas generaciones, que son portadoras de dones siempre nuevos; solo a través de ellas será posible rejuvenecer la Iglesia. Ha reconocido el valor de aquella sana inquietud que no nos deja estar aburridos sentados en un sillón, sino que nos invita con valentía a salir.

VII. SEXTA MIRADA. VOCACIONAL: RENOVACIÓN DE LA PASTORAL JUVENIL EN CLAVE VOCACIONAL

Pasemos ahora a la cuestión de las vocaciones, sobre la que hay que hacer un trabajo de discernimiento profundo y radical. En el *Instrumentum laboris* el mayor reto pastoral a afrontar, en mi opinión, estaba unido al replanteamiento de la cuestión vocacional en su conjunto. Una de las grandes debilidades de nuestra pastoral hoy reside en pensar la “vocación” según una visión reductiva y restringida, que afectaría solo a las vocaciones al ministerio ordenado y a la Vida Consagrada (cf. nn. 85-86). Sobre este aspecto hay un enorme trabajo que hacer, porque está muy arraigada una visión distorsionada, en el imaginario eclesial y civil, y también en el juvenil. Nosotros, en este momento histórico, nos encontramos confinados entre la espada de una visión eclesial restringida –donde “vocación” es de forma simplista sinónimo de cura o monja– y la pared de una visión cultural moderna –donde la vida se piensa desde la óptica del *self-made man*, en la que cada uno se siente dueño indiscutible de sí mismo y no tiene que dar cuentas a nadie de su propia libertad.

Algunos párrafos del *Instrumentum laboris* fueron decisivos para formular la cuestión de modo correcto: los números que van del 87 al 90 explican con precisión que “sólo una antropología vocacional parece adecuada para comprender lo humano en toda su verdad y plenitud” (n. 88) y que esta perspectiva debería orientar la existencia de los jóvenes:

Hablar de la vida como vocación nos permite poner en evidencia algunos elementos que son muy importantes para el crecimiento de

una persona joven: significa excluir que la vida esté determinada por el destino o por el azar, como también que sea un bien privado que uno puede manejar por su cuenta. Si en el primer caso no hay vocación porque no hay reconocimiento de un destino digno de existencia, en el segundo un ser humano que se considera “sin vínculos” se convierte en “sin vocación”. El discernimiento vocacional en esta dirección asume los rasgos de un camino de reconciliación con el propio cuerpo y con uno mismo, con los demás y con el mundo.

Positivamente, la concepción de la vida como vocación invita al ser humano a renunciar al engaño de la autofundación y a la ilusión de la autorrealización narcisista, para dejarse interpelar a través de la historia por el diseño con el cual Dios nos destina unos al bien de los demás. Se trata, así, de dar origen a una renovada cultura vocacional, que está siempre vinculada a la alegría de la comunión de amor que genera vida y esperanza. De hecho, la plenitud de la alegría se puede experimentar sólo en el momento en que uno descubre ser amado y, como consecuencia, personalmente llamado a amar a su vez en las circunstancias concretas en que vive cada uno (familia, trabajo, compromiso social y civil) (nn. 89-90).

Si ya se pedía mirar el servicio vocacional como “el alma de toda la evangelización y de toda la pastoral de la Iglesia” (n. 100), se clarificaba después que la cuestión relacionada con la identidad y la unidad de la persona solo podía tener una respuesta vocacional. De hecho, la vocación

nunca es un principio de alienación, sino más bien un núcleo de integración de todas las dimensiones de la persona, que las hará fecundas: desde los talentos naturales al carácter con sus recursos y sus límites, desde las pasiones más profundas a las competencias adquiridas a través del estudio, desde las experiencias exitosas a los fracasos que contiene cada historia personal, desde la capacidad para relacionarse y amar hasta la de asumir el propio rol con responsabilidad dentro de un pueblo y una sociedad (*Instrumentum laboris*, n. 143).

También este “principio vocacional” sirve desde el punto de vista institucional y organizativo. En la tercera parte, cuando se habla de la necesidad

de consolidar e incrementar la idea y la práctica de la “pastoral integrada” (nn. 209-210), se confirmaba que la “la clave para lograr esta unidad integrada es el horizonte vocacional de la existencia” (n. 210).

El *Documento final*, recogiendo las preguntas y las reflexiones contenidas en el *Instrumentum laboris*, ofrece algunas orientaciones importantes para la renovación de la pastoral juvenil. En síntesis, se pide que la pastoral juvenil sea repensada en su conjunto, y ejecutada en clave vocacional. ¿Qué significa esto? La propuesta sinodal se articula en seis números intensos que hay que leer y profundizar con inteligencia, considerándolos en el contexto del segundo capítulo de la tercera parte, esto es, a partir de la exigencia de “caminar juntos en la cotidianidad”.

Se parte de la idea de la Iglesia como “casa”. Coherentemente con la exigencia de pasar “de las estructuras a las relaciones”, el n. 138 pide a la Iglesia ser, para los jóvenes, “hogar acogedor, caracterizado por un ambiente familiar, hecho de confianza y seguridad”. El redescubrimiento del carácter familiar de la Iglesia invita a poner en el centro la fraternidad y abandonar el rostro burocrático como Iglesia.

Pasamos después a la exigencia de animar vocacionalmente cada aspecto de la pastoral. La cualificación vocacional de la pastoral, en el fondo, no es otra cosa que su re-cualificación cristiana, porque precisamente la experiencia de cada bautizado es la de sentirse y saberse “amado” personalmente y por tanto, “llamado” por su nombre. La vocación ofrece a la fe un rostro personalizado y personalizante, que hace salir al creyente de un anonimato incoloro, sin olor e insípido. Por esto, desde el punto de vista práctico, hay una precisión decisiva: “En los caminos de conversión de la pastoral en curso, no se pide reforzar la pastoral vocacional como un sector separado e independiente, sino animar toda la pastoral de la Iglesia presentando con eficacia la variedad de las vocaciones” (n. 139).

Llegamos a la petición de una *intensificación vocacional de la pastoral con los jóvenes*. Esta acentuación está motivada por la singularidad de la juventud, “momento privilegiado para tomar las decisiones de la vida y para responder a la llamada de Dios. El ‘carácter vocacional’ de la pastoral juvenil no se debe interpretar en modo exclusivo, sino intensivo” (n. 140). Pensar, organizar y realizar una pastoral juvenil fuera de la dinámica vocacional significa perder el objetivo y privar a los jóvenes de aquello que verdaderamente

cualifica su experiencia de vida joven: “La inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor” (n. 50).

Después de esos tres números que identifican la cualidad familiar, vocacional y juvenil de la pastoral con y para los jóvenes, vienen tres indicaciones organizativas no poco importantes.

Primero de todo, *superar el trabajo pastoral “por sectores”*. La fragmentación pastoral es algo conocido. Sabemos que las especializaciones corren el riesgo de perder la verdad fundamental por la que todo está conectado e integrado. Muchos han pedido una renovada capacidad de proyectar que haga a todos actores de un camino de comunión, donde el mismo proceso se vuelve formativo para quienes lo viven. Mientras que “los sectores” dividen, el proyecto une creando comunión (cf. n. 141).

Después, *el antiguo y siempre nuevo asunto de la relación entre eventos y cotidianidad*. Es evidente que ambas dimensiones tienen su sentido y cumplen metas importantes: si el evento es un momento de transfiguración espiritual y de pertenencia eclesial fuerte, lo cotidiano hace referencia a la alegría y al esfuerzo de la vida ordinaria. La insistencia en recorridos educativos y en itinerarios de fe invita a “realizar estas convocatorias como etapas significativas de un proceso virtuoso más amplio” (n. 142).

Finalmente, *la atención a espacios dedicados específicamente a los jóvenes*, signo de una comunidad atenta y apasionada para las jóvenes generaciones. Valorando lo que existe, se pide también “una renovación creativa y flexible de estas realidades, pasando de la idea de los centros estáticos, a los que los jóvenes puedan ir, a la idea de sujetos pastorales en movimiento, con los jóvenes y hacia los jóvenes” (n. 143).

VIII. CONCLUSIÓN: LA NECESIDAD DE FORMAR ACOMPAÑANTES SEGÚN EL ESPÍRITU

En conclusión, debemos hablar de los temas del acompañamiento, es decir, de los adultos llamados a acompañar a los jóvenes. Ya el *Documento preparatorio* del Sínodo se preocupaba por la calidad de los adultos. Vale la pena escuchar un primer pasaje sobre el tema:

El rol de adultos dignos de confianza, con quienes entrar en alianza positiva, es fundamental en todo camino de maduración humana y de discernimiento vocacional. Se necesitan creyentes con autoridad, con una clara identidad humana, una sólida pertenencia eclesial, una visible cualidad espiritual, una vigorosa pasión educativa y una profunda capacidad de discernimiento. A veces, por el contrario, adultos sin preparación e inmaduros tienden a actuar de manera posesiva y manipuladora, creando dependencias negativas, fuertes malestares y graves contratestimonios, que pueden llegar hasta el abuso (III, 2).

Cada uno de nosotros ha encontrado ciertamente a “adultos como es debido” en el camino de nuestra vida. Es fácil incluso seleccionar con precisión y repensar con gratitud a algunos adultos que realmente han dejado su huella en nuestras vidas: a esa profesora de primaria cariñosa y precisa que se distinguió de todas las demás; a esa exigente y acogedora profesora universitaria, capaz de ayudarme a desarrollar bien mis intuiciones; a ese sacerdote misericordioso y previsor que me guió en mis opciones con una mirada materna y paterna; o a ese sacerdote consagrado alegre y dedicado que siempre está presente y nunca se entromete. Sin entrar en el espacio íntimo y familiar de nuestros padres... Leyendo esas pocas líneas nos cruzan por desgracia también algunas figuras reales de personas realmente desprevenidas e inmaduras, que trabajaban para sí mismas, o incluso posesivas y manipuladoras, desafortunadamente capaces de bloquear los caminos, capaces de atravesar los caminos con su narcisismo sistémico asfixiante e insoportable.

El *Documento Preparatorio* nos pide que discutamos seriamente lo que significa ser un “creyente con autoridad”, resaltando, en cinco simples pinceladas, un retrato de alta calidad:

- *Clara identidad humana*: aceptarse a sí mismo con alegría, vivir una unidad fecunda y pacífica entre las dimensiones afectivas, racionales y prácticas, aceptar la propia historia como una bendición y la propia fragilidad como una razón de crecimiento, percibir toda la finitud como un don;
- *Sólida pertenencia eclesial*: ser consciente de formar parte de un pueblo que acoge con fe la salvación que viene de Jesús y que

- está comprometido con la lógica de compartir los dones recibidos, poniendo tras de sí la dinámica de la competencia y la envidia;
- *Visible cualidad espiritual*: cultivar y profundizar con gusto la vida según el Espíritu, a través del cuidado de la relación con Dios, de la meditación de su Palabra, del diálogo de oración, del silencio de la contemplación y de la búsqueda del Reino de Dios;
 - *Vigorosa pasión educativa*: alimentar el amor por las generaciones más jóvenes, cuya pobreza radica en que sus libertades están en proceso de instauración, dando más a los que menos han recibido, a través de un compromiso de dedicación que sabe jugar con pérdida por el bien de los más jóvenes;
 - *Profunda capacidad de discernimiento*: pedir el don de un corazón profundo, de una sabiduría práctica que sepa escudriñar con prudencia y diligencia los acontecimientos de la vida, valorándolos a la luz de Dios y de su designio de amor que exige una participación generosa, una colaboración activa y el coraje de asumir riesgos.

Todo el camino sinodal que tuvo lugar después del *Documento Preparatorio* no hizo otra cosa que profundizar estos cinco elementos. El *Instrumentum laboris* ha aclarado con precisión las cualidades de quienes los acompañan (cfr. nn. 130-132). En algunos pasajes se relatan las palabras de los jóvenes sobre este tema recogidas en la *Reunión Pre-sinodal*⁵:

Los jóvenes de la Reunión Pre-sinodal trazan con precisión el perfil del acompañador: “Que sea un auténtico cristiano comprometido con la Iglesia y con el mundo; que busque constantemente la santidad; que comprenda sin juzgar; que sepa escuchar activamente las necesidades de los jóvenes y pueda responderles con gentileza; que sea muy bondadoso, y consciente de sí mismo; que reconozca sus límites y que conozca la alegría y el sufrimiento que todo camino espiritual conlleva” (*Reunión Pre-sinodal* 10). A los ojos de los jóvenes es especialmente importante el reconocimiento de su humanidad y falibilidad: “algunas veces, los mentores son puestos sobre un pedestal, y por ello cuando caen provocan un impacto devastador en la capacidad de los jóvenes

5 XV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Documento de la Reunión pre-sinodal* (19-24-III-2018)

para involucrarse en la Iglesia” (*Reunión Pre-sinodal 10*) (*Instrumentum laboris*, n. 132).

El *Documento Final* también tiene algunos números dedicados específicamente al tema de los acompañantes y su cualificación (cf. 101-103), proponiendo al diácono Felipe como modelo de acompañante según el Espíritu:

Los jóvenes nos han pedido de muchas maneras que se cualifique la figura de los acompañantes. El servicio del acompañamiento es una auténtica misión, que requiere la disponibilidad apostólica de quien lo realiza. Como Felipe el diácono, el acompañante ha de obedecer a la llamada del Espíritu saliendo y abandonando el recinto de las murallas de Jerusalén, figura de la comunidad cristiana, para dirigirse a un lugar desierto e inhóspito, tal vez peligroso; y esforzarse por alcanzar la carroza en la que viaja un forastero, encontrando el modo de entrar en relación con él, para suscitar una pregunta que quizás espontáneamente nunca hubiese sido formulada (cf. Hch 8,26-40). En definitiva, acompañar requiere ponerse a disposición del Espíritu del Señor y de quien es acompañado, con todas las propias cualidades y capacidades, y después tener la valentía de hacerse a un lado con humildad (*Documento final*, n. 101).

Es muy bonito concluir, siguiendo el relato de los Hechos de los Apóstoles, recordando el verdadero fruto del buen acompañamiento: ¡la alegría del Evangelio! De hecho, después del encuentro con Felipe, el misterioso viajero que se dirige a Etiopía continúa su camino, pero algo importante ha cambiado en su vida: “Siguió su camino lleno de alegría” (Hch 8,39). El fruto permanente del encuentro con el Señor, hecho posible por su Iglesia, es la alegría.

